

ensayo **sextopiso**

APOLINEO Y
DIONISIACO

Giorgio Colli

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MOREY

Apolíneo y dionisiaco

Apolíneo y dionisiaco

GIORGIO COLLI

EDICIÓN DE ENRICO COLLI

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MOREY



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Apollineo e dionisiaco

Copyright © ADELPHI EDIZIONI S.P.A. Milán,
de ADELPHI EDIZIONI S.P.A. Milán, 2010
www.adelphi.it

Primera edición: 2020

Traducción
© MIGUEL MOREY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-71-7
Depósito legal: M-38617-2019

Impreso en España

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR	9
NOTA DEL TRADUCTOR: RECUERDO DE ENRICO	19
APOLÍNEO Y DIONISIÁCO	25
PRIMERA PARTE.	
<LA FILOLOGÍA YA NO ESTÁ MUERTA>	27
I. <El filólogo>	29
II. <Nietzsche y la <i>Geburt</i> >	51
III. <Dionisiáco y apolíneo>	66
SEGUNDA PARTE.	
ESCRITOS Y APUNTES PREPARATORIOS	103
APÉNDICE	183
NOTAS	201
SIGLAS Y ABREVIATURAS	215
ÍNDICE DE NOMBRES Y FUENTES	221

PRIMERA PARTE
<LA FILOLOGÍA YA NO ESTÁ MUERTA>²

I. <EL FILÓLOGO>

Todos los hombres viven; la vida es el modo de ser de los hombres, que se desarrolla en el tiempo. Sin embargo, son pocos los hombres que se han preguntado seriamente qué es esta vida y de qué modo debe vivirse. Tal vez muchos han pasado a la historia sin habérselo planteado, todos los que pertenecieron a familias de grandes pintores o de grandes matemáticos, y que conquistaron la celebridad en el mismo campo que sus antepasados, todos los hijos de los padres. Y no sólo ellos, sino muchos filósofos, que por la misma necesidad derivada de su profesión de filósofo forzosamente hubieran debido preguntárselo, no lo hicieron seriamente. Porque lo importante no es el acto consciente en sí de plantearse esta pregunta, que todo hombre puede alcanzar gracias al innato poder de reflexión que le corresponde. No se trata³ de un problema que subsista en el campo de la pura razón, en contradicción consigo mismo desde un principio, por estar separado de la inconsciencia de la vida de todos los hombres. Una pregunta semejante no es un momento abstracto, sino que nace de la vida inmediata, es una manifestación directa de ella, es ya la prueba de una particularísima configuración de la vida en algunos hombres. De lo que se puede extraer una interesante reflexión doble: en primer lugar, que lo importante es siempre la vida en su inmediatez, y que no hay que precipitarse a⁴ establecer, como hacen muchos filósofos, antítesis capitales entre consciencia e inconsciencia (a no ser que se trate de racionalidad pura, procedente de una vía completamente diferente de la vida), y que el acto consciente de plantearse esa pregunta ya es un modo inmediato de vivir; y en segundo lugar, que la vida ya desde ahora se muestra en su naturaleza diversa por excelencia, <en

actitud opuesta según los modos de los hombres excepcionales y de los comunes> y esta diversidad se descubre justamente a través de su modo de manifestarse en un acto concreto de conciencia. Así pues, apenas se plantea seriamente la cuestión «¿qué es la vida?», algo de su ser ya se revela. Pero volvamos de nuevo, para aclararlo mejor, a aquel doble impulso inicial del que habíamos partido. Por un lado éste no es otra cosa que anhelo de conocer la vida, pero no a través de un conjunto de representaciones abstractas, como serían por ejemplo el conjunto de reglas sistemáticas que constituyen una ciencia jurídica, sino antes bien sintiéndola próxima, como un objeto que no es tal al no ser diferente de nosotros mismos cognoscentes, que pasa a través de su infinita multiplicidad y se mantiene siempre a sí mismo en su propia limitación de impulso que quiere conocer para vivir de una cierta manera. Aquí se recupera el segundo aspecto de la cuestión: «¿cómo vivir?», que en el fondo forma una sola cosa con el primero. De hecho, en el complejo momento espiritual que se está examinando, y solamente en éste, se da una fusión perfecta del aspecto metafísico-gnoseológico y del aspecto moral. Se trata de un impulso de la voluntad, moral por tanto, en busca de un bien en la vida suprema, y cognoscitivo, en busca de un conocimiento concreto y esencial de alegría y dolor, en la conciencia inmediata de un problema de la existencia.

Ahora comienza a determinarse mejor, espero, la interioridad alcanzada habitualmente por algunos hombres de excepción en su juventud. Pero sigamos adelante. El problema que ellos se plantean, la naturaleza de la vida y el modo propio de comportarse en ella, es absoluto desde su inicio, conlleva un modo de resolverse que no puede dejar de ser radical. Esta otra característica deriva de su primordialidad, de que tanto lógicamente como por dignidad precede a cualquier otro problema. A cualquier cuestión filosófica o científica, por amplia que sea, aunque tenga que ver por ejemplo con la universalidad del mundo físico, debe precederle el problema de nuestra existencia, el único que la hace posible. Y esto, entiéndase

bien, no tanto en el sentido del idealismo moderno, que hace que todo dependa del sujeto, como una representación suya, sino más bien según el espíritu de todas aquellas filosofías más profundas, como la griega o la hindú. Los hombres que afronten un problema tal serán así los primeros hombres, por encima de cualquier otra forma de conocimiento o de acción: están en posesión de un impulso del que los demás carecen, para atravesar con su voluntad el mar infinito de la vida y escoger en ella el modo más elevado de existencia. Así se aplica su inmenso deseo de dominio, en el conocimiento de todas las cosas, en su valoración y su condena, y en conclusión, en su vida, que abraza a cualquier otra y la domina.

Hasta ahora he intentado mantener una terminología concreta en la medida de lo posible. Y así la palabra «vida», tan frecuente en boca de los pesimistas, Leopardi y Schopenhauer,* tiene para mí el sentido de la realidad cercana, por cuanto siempre está objetivada, o, en términos schopenhauerianos, vista en la representación. Al mismo tiempo, siempre a favor de la concreción, he querido partir de un punto en el que no fueran esenciales todavía las distinciones entre el aspecto gnoseológico, el metafísico y el ético. ¿Cómo llamaremos a aquellos hombres superiores? ¿Deberán ser necesariamente filósofos? No, no es necesario, podrán ser también artistas o científicos, con tal de que partan de aquella interioridad a la que nos hemos referido. Pero debemos cuidarnos de que, por ser demasiado concretos, no acabemos en la indeterminación; debemos tratar de dar con el modo de designar la posición dominante de estos hombres. Ellos buscan la vida, anhelan conocerla, y se mueven en la representación; pero si toda su actividad se agotase aquí, en el puro conocimiento, lo suyo no sería más que un frío vagar de científicos

* Para el significado de la palabra *Leben*, véase el principio del § 54 de *Die Welt als Wille und Vorstellung*, I, Schopenhauer, SW Grisebach, I, pp. 359-360 [«lo que la voluntad quiere es siempre la vida, precisamente porque ésta no es otra cosa sino el despliegue de esa voluntad en la representación»]. [N. del A.]

que reducen el mundo entero a objeto, a exterioridad, sin penetrar en el corazón de las cosas. Para lograrlo, hay que querer y sentir, a la vez que se conoce, y desde el primer momento hemos visto que ésa es precisamente la aspiración de aquellos hombres. El conocimiento no es por tanto para ellos un fin en sí mismo, sino un medio para crearse un íntimo modo de ser perfecto —las innumerables formas de vida que ellos estudian no les sirven más que en cuanto les revelan por debajo el alma del mundo, a partir de la cual han de formar su propia alma. Lo que es más íntimo y secreto constituye la más verdadera realidad, y ésta sólo se puede alcanzar en la inmediata actividad interior, tiene lugar por medio del esfuerzo cognoscitivo, viendo a través de cada modo de vivir una manifestación y una expresión de la esencia. De momento no examinaremos más profundamente el valor filosófico de semejante visión del mundo, y buscaremos el nombre que puede darse a esta actividad, que ve el mundo y la vida como una gran expresión y la estudia únicamente para descubrir qué hay detrás de ella. Nosotros elegimos el término «filología». Aman el *lógos*, quieren descifrar el «discurso» de la vida, descubrir la realidad a través de las palabras, de la naturaleza y sobre todo de los demás hombres. No son artistas puros porque poseen esa conciencia intimísima que a ellos les falta, aquel incansable impulso moral; tampoco son filósofos puros, puros conocedores, que extraen, podría decirse, el *lógos* del *lógos*, alejándose todavía más de la realidad íntima, entendiendo que la expresión es el fin, racionalistas⁵ como son. Son filólogos, es decir, artistas y filósofos humanos en un sentido todavía más profundo que el renacentista. Algo parecido había visto Nietzsche ya en 1869, cuando en su prelación en la Universidad de Basilea expresaba la esperanza de que se unificasen filología y filosofía,* aunque se detuvo demasiado pronto en este camino. Filología es el amor por todo lo que aparece, por todo fenómeno,

* Cfr. Nietzsche, *Werke*, IX, en el capítulo «Homer und die klassische Philologie» (Nietzsche, KGW II/1, pp. 247-69). [N. del A.]

pero considerado como creación, y de ahí el anhelo primero de alcanzar al creador y vivir su vida. Cada expresión, cada forma de vida es la de un alma creadora individualísima —la individualidad es por tanto lo que más le importa al filólogo, es lo real por excelencia. No sólo eso, sino que la individualidad suprema será el objeto constante de su investigación, por el carácter absoluto y moral que posee, como ya se ha mencionado. Y es así como el filólogo no tarda en revelarse filósofo y metafísico, con su afirmación de la individualidad como esencial, y la presencia además de un principio jerárquico entre las esencias. Luego, en su investigación se comporta como un científico, pero incluso en este caso de un modo muy diferente del científico puro. Nunca puede detenerse definitivamente en una solución, cuando se encuentra con la dispersión fenoménica de la vida, ante un cúmulo de representaciones contrastantes que no permiten que se aviste la esencia, y sufre; en cambio el científico, para quien nada existe fuera del *lógos*, se desentiende de la situación por su irracionalidad, y desde el momento en que no puede dominarla apriorísticamente procede por aproximaciones. El estatismo, la claridad y la abstracción del concepto son para el científico un límite ante el que hay que detenerse con satisfacción; el filólogo por contra aprecia la racionalidad sólo por lo concreto que hay tras ella, porque es un sólido punto de partida para la búsqueda de la individualidad, que es lo único que le importa. La filología es así esencialmente misticismo, pero no oscuridad, como acostumbra a decir del misticismo los racionalistas, porque no se abandona pasivamente a la indistinción: ella es la búsqueda de la verdadera claridad, de la luminosidad griega que pasa a través de toda la racionalidad y la encuentra todavía demasiado oscura, como la fría luz lunar; ella quiere una luz que sea caliente, vital. La verdad es, al mismo tiempo, general en grado máximo e individual, y la razón no puede dar más que aproximaciones a estos dos requisitos opuestos. El concepto será un género, de acuerdo, pero un género determinado y aislado de los otros géneros, que sólo permitirá un conocimiento parcial

en cuanto a la amplitud; y por el otro lado, siempre revelará un tipo y no un individuo, será parcial también en cuanto a la profundidad. La intuición filológica captará en cambio con la máxima claridad las más elevadas y complejas individualidades, conectadas unas con otras, como veremos, y que son al mismo tiempo los géneros últimos que comprenden en sí las infinitas posibilidades de las pequeñas individualidades que se forman en la ramificación fenoménica.

Otra cualidad del filólogo es la tendencia a establecer un nexo de continuidad entre todas las cosas. Para hacerse una idea de este sentido de la continuidad, piénsese en aquello que los místicos llaman *coincidentia oppositorum*, o más simplemente tráigase a la mente una experiencia interior que los hombres comunes también alcanzan alguna vez, el hecho de que, cuando se tiene el alma embargada por la felicidad, se interpreta y siente como algo bueno y eternamente justificado lo que durante todo el resto de la vida se juzga como un mal irremediable. El mundo, en su vestidura fenoménica, aparece diverso, separado, disgregado y contradictorio; el filólogo que penetra en la esencia íntima lo descubre como continua y unívocamente real, ligado todo por un vínculo único, por un nexo que vuelve semejantes incluso dos cosas aparentemente muy diferentes. Este sentido particular se llamaba «magia» en el Renacimiento. Resultan muy apropiadas las palabras sobre la magia de Pico della Mirandola: «*Mirabilia artis magicae non sunt nisi per unionem et actuationem eorum, quae seminaliter et separatae sunt in natura*». * El filólogo es así un panteísta,

* Pico della Mirandola, *Conclusiones magicae secundum opinionem propriam*, II, 9, 11, fol. 105. [«las maravillas del arte mágico no se realizan sino es por unión y actuación de aquellas cosas que están en semilla y dispersas en la naturaleza»] y II, 9, 13, fol. 105 [«*Magicam operari non est aliud quam maritare mundum*», «practicar la magia no es otra cosa que desposar el mundo»]. *Apologia*, fol. 121. Pico es, en este sentido, el primer gran filólogo; distingue el momento puramente científico, el estudio de la *qabbalah* o la interpretación racional del *lógos*, de la magia, que es dominio íntimo y acción sobre la naturaleza. (Cfr. Garin, *Pico*, p. 166). [N. del A.]